

Miguel Ángel Sierra

Tenía escrita una editorial maja sobre lo mal que nos tratan los medios de comunicación (una vez más), pero los “sucesos”, como diría mi amigo y editor asociado Fernando Cossío, de estas últimas semanas hacen esto irrelevante. El abandono de los Estados Unidos de América (así, con todas las letras) del acuerdo de París tendrá unas consecuencias impredecibles. Estas serán, probablemente, de mayor trascendencia para la Humanidad que cualquier otra decisión política desde que Franklin D. Roosevelt declaró la guerra a Japón y a Alemania en 1941.

Tengo que decir que no he sido ni soy ecologista. Es más, creo que, en nombre del ecologismo, se han cometido errores que nos han costado muy caros, tales como la demonización de la energía nuclear o la prohibición en los años 60 de los insecticidas clorados. El considerar la energía nuclear como un invento “maligno”, entre otras cosas nos ha alejado de una economía basada en el hidrógeno (que hubiese evitado el calentamiento global) y del desarrollo de tecnologías de fisión menos contaminantes. La publicación del libro de Rachel Carson *La Primavera Silenciosa* en 1962 supuso la prohibición del uso de los insecticidas clorados. La subsecuente reaparición de la malaria ha provocado la muerte de un millón de niños por año durante muchos años. Por si hay dudas, los datos crudos y sin maquillar están en la Agencia de Protección Ambiental de los Estados Unidos (EPA, sugiero que los busquéis antes de que la administración Trump la cierre) y en la página web de la Organización Mundial para la Salud (OMS, esta agencia no depende de la administración Trump y no puede cerrarla, al menos de momento).

Si soy o no soy ecologista es algo personal. También es personal el que respete y quiera a un país como Estados Unidos, que me acogió hace muchos años y me permitió aprender, no solo Química, sino también otra forma de pensar y de vivir. Pero quiero dejarlo claro porque nada más personal que mi presente, mi futuro y el futuro de mis hijos y de los hijos de mis hijos.

El calentamiento global del planeta es evidente. Su origen antropogénico parece científicamente razonable. Las causas que están haciendo que las temperaturas suban a nivel planetario son cada vez más incuestionables. Sus consecuencias las vemos en la televisión todos los días. Una certeza del 100% sobre estos temas nunca se podrá alcanzar. Sin embargo, en este caso las evidencias son lo suficientemente claras como para tomar medidas inmediatas. No sé vosotros, pero si voy al médico porque me ha salido un grano y me dice que tiene un 60% de posibilidades de ser un tumor maligno, yo no esperaré a que la certeza fuese del 100%. Me lo quitaría sobre la marcha y tomaría medidas para que no se reprodujera.

Pues Trump y su administración no piensan así. Piensan que los protocolos para controlar el calentamiento global, con el tratado de París al frente, perjudican a la competitividad del mercado americano. Probablemente piensen



también que los científicos somos imbéciles, incluyendo los científicos americanos entre los que se incluyen unos cuantos premios Nobel. Aunque no venga a cuento, lo mismo piensa de algunos de sus médicos cuando le hablan de la necesidad de vacunar a todos los niños.

Estados Unidos se ha denominado asimismo el “defensor de la democracia en el mundo”. Pero ¿qué pasa cuando el “primo de Zumosol” que saca al mundo de sus problemas, se convierte en el “macarra del barrio” que pretende imponer sus ideas al resto? Yo no conozco otra forma de actuar que plantarle cara. No creo que nosotros (por lo menos la Unión Europea) debamos achantarnos ante las bravuconerías de un indocumentado. Da igual que él piense que los indocumentados somos los otros, los que no pensamos como él, o los que tratamos de detener el calentamiento global.

Como químicos nuestro papel en la lucha contra el calentamiento del planeta es clave, aunque la moda de la Química Ambiental ya ha pasado. Como habitantes de este planeta (de momento no tenemos otro) nuestra voz debe hacerse oír. Ahora no se trata de que seamos o no ecologistas, de izquierdas o de derechas, ni de reciclar o no reciclar. Se trata de plantar cara a una amenaza que se nos viene encima y que nos puede costar el futuro. Aquí no hay medias tintas. Aunque la abolición de las medidas ambientales encaminadas a frenar el cambio climático será efectiva dentro de algunos años y para entonces quizá la ciudadanía norteamericana recupere la cordura, la actitud actual de la administración Trump probablemente provocará *de facto* efectos dañinos desde ahora. Una vez abierta la senda más fácil, es tentador seguirla y dejar que cada uno contamine lo que quiera. Ya se las apañarán los que vengan detrás. No dejemos a nuestros gobiernos que lo hagan.

Gracias por leer

MIGUEL Á. SIERRA
Editor General de *Anales de Química*